

# Gonzalo Celorio

## No nos dejes caer en la tentación

Primero con los ojos abiertos por Cedros y Tecoyotitla hasta cruzar la avenida de los Insurgentes, a la altura del parque Obregón. De ahí en adelante, con los ojos cerrados por la avenida de La Paz hasta la calle Monasterio, donde los volvía a abrir, una vez pasado el peligro, para llegar a la iglesia de Nuestra Señora del Carmen. Así todos los días.

Vamos niños al sagrario. . .

En el primer trayecto —el de los ojos abiertos, intencionadamente místicos y luminosos, casi capaces de suscitar la levitación— brotó, como todas las mañanas, una candente llamarada que jugaba a las escondidas entre las hojas de los árboles del camellón. Sintió en las fosas nasales el ardor de los eucaliptos de la calle mal llamada de los Cedros. La respiración, pausada, profunda, amortiguaba el dolor que producía la piedra en el zapato y se coordinaba con el ritmo de los pasos, que tras muchos recorridos, se habían ajustado ya a los recuadros de la banqueta para no pisar ninguna raya: “El que pisa cuadro pisa al diablo, el que pisa raya pisa la medalla.” A veces le era inevitable romper el ritmo, dar pasos más largos o más cortos, para no caer en la trampa que le tenía la irregularidad de algunos recuadros, doblegados a las reparaciones de la banqueta, a la irrupción violenta de las bocacalles, a las cuarteaduras vegetales del tiempo, a las coladeras-almacenes de corcholatas y boletos de autobús.

Que Jesús llorando está. . .

En el empedrado de Tecoyotitla, la piedra del zapato se colocó en una posición más dolorosa, e inconscientemente cada paso izquierdo trataba en vano de provocar un reacomodo sísmico.

La sonrisa galopaba al paso de la llamarada que le seguía rascando el extremo del ojo derecho.

Atravesó corriendo la avenida Taxqueña hacia el parque y sintió en el huesito del tobillo la placentera mordedura de una serpiente venenosa. Por la oscuridad doméstica de las hortensias del parque, llegó a Insurgentes. La mano izquierda flotando sobre el pecho y la derecha parasitada pegajosamente al forro de plástico del misal negro con cintas de seda moradas, verdes, blancas.

Pero habiendo tantos niños. . .

Cruzó Insurgentes doloridamente (aunque no pasaran coches siempre corría al cruzar las avenidas), y antes de cerrar los ojos comprobó que todo estaba igual que siem-

pre y que a esas horas de la mañana nadie bajaba por la avenida de La Paz. Empezó a subir, ya con los ojos cerrados, por la empinada banqueta. Distinguía vagamente las nervaduras del interior de sus párpados, coloreadas por el sol de frente. A cada gesticulación provocada por el dolor de la piedra en el zapato, las nervaduras hacían erupción y pasaban del apacible anaranjado al verde, y del verde al azul, y del azul a los colores más indefinidos, lanzando en cada nueva coloración corpúsculos oscuros, como manchas, como piedras, que inútilmente trataba de fijar.

La respiración se liberó del ritmo de los recuadros y, concentrada en las tinieblas coloridas, se sometió a las punzadas del tobillo. Por su frente se fueron dibujando los signos de la lucha, de la violencia, de una subversión irrefrenable.

Muy contento se pondrá.

Le había costado mucho tiempo aprender a controlar la necesidad de abrir los ojos: empezó caminando veinte pasos, resuelto a no abrirlos. Al principio apenas daba diez o doce cuando su imaginación lo colocaba frente a un poste de luz o frente al batiente de una puerta de cochera abierta intempestivamente. Y es que la imaginación es más aguda con los ojos cerrados: en la noche, por ejemplo, mientras trataba de dormirse, volteaba la recámara al revés, como si tuviera los pies en la cabecera, y se dormía hasta el día siguiente con la habitación tergi-versada; otras veces, con los ojos cerrados, caminaba por el techo. Frente al poste o frente a la puerta, abría los ojos a medias, como para restarle validez a su fracaso, apenas para vislumbrar la falta de obstáculos, y los volvía a cerrar al instante. Como era honesto y no quería engañarse a sí mismo, volvía a empezar la cuenta de los pasos, hasta que llegó, después de muchos tropezones, reales o imaginarios, a cuarenta, a cincuenta, a sesenta, a cien, a más de cien.

No llores, Jesús, no llores. . .

La mano izquierda cambió la suavidad de la playera a rayas por la aspereza del concreto, la cantera, la piedra, el ladrillo encalado de los muros que tendría que recorrer, mientras el latido de sus sienas detectaba la proximidad del peligro: 185 pasos, 12 casas, 6 postes de luz, 8 árboles antes de llegar a la casa de las rejas, frente a la que habían escrito la palabra sobre el pavimento. La casa

de las macetas rojas, la casa del Obispo, cinco postes; siete, seis árboles. . . Cuando la tentación de abrir los ojos era irresistible, con más fuerza raspaba las yemas contra las paredes. La casa de las rendijas, la miscelánea, cuatro postes, el edificio de la puerta de madera. . . Alguien bajaba por la misma banqueta; sin abrir los ojos se puso en cuclillas, se desamarró las agujetas de los zapatos, las volvió a amarrar, se restiró los calcetines de rombos azules y amarillos; cuando el que caminaba lo rebasó, emprendió otra vez la marcha: ahora el camino era más largo, más inclinada la subida. La casa del coche rojo, cinco árboles, la casa del número caído. . . No abriría los ojos, no leería la palabra, no la pensaría siquiera. La casa del balcón, la del perro, cuatro árboles, tres. . . La palabra se le agolpaba insistente, demoníacamente en el cerebro. La casa de las ventanas emplomadas, tres postes, dos árboles, la casa de la higuera, dos postes, la casa de la

Virgen del Rosario. . . el árbol. . . el poste. Apretó los dedos contra la pared, pisó con fuerza y sintió húmedo el calcetín, la mano tartamudeó por el enrejado, las explosiones azules de los párpados lanzaron piedras ensangrentadas que rompían los cristales de las casas; un poste, antes inadvertido, se plantó en medio del camino; todas las puertas se abieron al mismo tiempo y lo cercaron por los cuatro costados.

Que me vas a hacer llorar.

La llamarada le arrancó los párpados y le clavó la mirada en la palabra: irremediamente la lengua la pronunció y la repitió a gritos siete veces, setenta, setenta veces siete. Escapó de los ecos por la calle Monasterio, entró rápidamente en el atrio de la iglesia y se oscureció en el templo con la memoria metida, acaso para siempre, en la palabra.

